



Tema 7: Mensaje espiritual del P. Eduardo Laforet Dorda

I. REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

Él mismo en carta a D. Ángel Suquía, nos la hace:

Me llamo Eduardo Laforet, tengo 26 años, soy licenciado en Filosofía y Letras y actualmente curso estudios de Teología en Burgos...

Tengo unos deseos indecibles de ser sacerdote; deseos que renuevo cada día uniéndome de corazón al ofrecimiento de Cristo al Padre por la salvación de todos los hombres.

El día 13 de mayo de 1981, al enterarme de que el Santo Padre había sufrido un atentado mortal en la plaza de San Pedro, sentí un gran deseo de ofrecer mi vida por él. ¿Qué podía valer mi vida cuando la suya estaba en peligro? Lo expuse así a mi superior y me permitió hacer el ofrecimiento... Desde entonces aquel gesto fue para mí un impulso para vivir con fidelidad las exigencias de mi vocación, pues pensé que quizás el Señor no me pediría de inmediato la vida.

Dos años después, a finales del curso pasado, comencé a encontrarme mal. Fui al médico y al final me diagnosticaron una leucemia. El Señor había aceptado mi ofrecimiento y me lo manifestaba en esos momentos, tras haberme preparado interiormente para cumplirlo. Sólo deseo que se cumpla Su Voluntad y me abandono en Sus manos y en las de la Santísima Virgen. Todo lo ofrezco por el Santo Padre y por sus intenciones predilectas.

Los médicos me permiten de momento hacer vida normal con un tratamiento y una observación periódica. No obstante me han advertido que la situación es grave y que podría sobrevenirme la muerte en cualquier momento, y con seguridad en un período más o menos largo. Me han hablado, como único remedio, de una intervención quirúrgica muy compleja y dolorosa y con cierta incertidumbre de éxito, pues es un tratamiento todavía en experimentación.

Vistas estas circunstancias me decidí, al habla con mis superiores, a exponérselo todo lo antes posible, pues si tuviese que dar definitivamente mi vida quisiera hacerlo como sacerdote. Por edad y estudios me correspondería ya empezar a recibir los Ministerios, pero no sé qué posibilidades habrá de adelantar la ordenación. Lo más importante es que deposita este asunto en sus manos. Lo que Ud. decida será para mí la voluntad de Dios.

Le agradezco muy de veras todo y le ruego me encomiende al Señor para que sepa aceptar lo que Él vaya disponiendo. Con respetuoso afecto, Eduardo.

-ooo-

Efectivamente, las previsiones se cumplieron. D. Ángel Suquía, arzobispo de Madrid, le ordenó de sacerdote con dispensa del Santo Padre, el 24 de marzo de 1984. Y después de un periodo no muy largo (unos 4 meses), de cierta esperanza de vida tras la operación, falleció santamente el 23 de noviembre, a consecuencia de una infección provocada por el citomegalovirus, el mismo virus, según parece, que San Juan Pablo II pudo superar en una de las graves recaídas que tuvo tras el atentado.

Slo ocho meses, aunque con gran intensidad, pudo vivir como sacerdote, y el 23 de noviembre de 1984, convencido de que Dios había aceptado su vida, se la entregó santamente, crucificado en la cama del hospital.

II. SU VIVENCIA INTERIOR

Para entender la vida y la espiritualidad del P. Eduardo, hay que conocer **cuatro rasgos básicos de su vida interior**, cuatro claves de su camino de santidad:

1º. **Un gran deseo de santidad: Volar alto**

Desde pequeño Eduardo se sintió llamado por Dios a ser santo. Siempre lo tuvo claro, y su deseo de corresponder a la gracia fue mantenido y potenciado durante toda su vida. Hubo desde luego momentos especiales (la llamada de Dios, su determinación a ser sacerdote, o a consagrarse a Dios con votos, los días de ejercicios espirituales, etc).



En el fondo de su corazón crece desde pequeño una certeza: ser de Dios y para Dios. A su hermana le dice, audaz, en una carta: "Dios y la Virgen quieren hacer grandes cosas en mí. No es humildad, es verdad".

Sus deseos de santidad, de entrega fiel, de volver a empezar siempre, tras cada tropezón, con determinación santa, plagan sus escritos y sus cartas.

En la tanda de 1981 recibe uno de esos grandes impulsos de la gracia. Ya ha hecho su ofrenda, y quiere vivir en consecuencia: «Estoy decidido a lanzarme al vacío [...] Creo que hay en mi vida algunas cosas que me impiden volar, expondré desprendimientos». Quiere "volar alto", y siente que para ello necesita perder lastre: debe vivir pobreza, renunciar hasta al peso de las propias faltas, y cambiar el deseo de perfección por un simple y puro quererle a Él... «DIOS ES, eso basta».

2º. **La experiencia de su propia debilidad y miseria, que le impulsa a la confianza audaz**

Eduardo es muy consciente de sus limitaciones, de sus pobreza. Las sufre. Pero tiene la gracia de comprender muy pronto que sus debilidades juegan un papel providencial en el plan de Dios para con él. Experimenta que **las miserias personales son el camino ordinario y necesario por el que el Señor quiere abrirnos a la confianza audaz en su misericordia.**

"No me importan tus miserias, lo que quiero es amor, no me importan tus flaquezas, lo que quiero es confianza"¹, había oído muchas veces en puntos de oración. Y también había hecho propia la consigna que nos dieron a los militantes de la Virgen: "¡A la santidad por la perseverancia, a la perseverancia por las miserias!".

Tuvo que luchar, tuvo que superarse a sí mismo. Era consciente de sus fallos, y le dolían porque era muy sensible a ellas. En sus notas deja constancia de este combate interior:

«Hoy ha sido un día... lleno de miserias y "meteduras de pata". Lo siento, Señor, y **lo ACEPTO todo**; que sirva como leña para que arda el fuego del amor de holocausto al que me ofrezco. ¡Te amo, Jesús!» (23 febrero).

«He estado todo el día en la cama. Lo he pasado muy mal. X me ha regañado porque me quejo mucho y doy mal ejemplo. Jesús ha venido a mi corazón en la Comunión. ¡Señor!, **dame fuerzas para no quejarme.** Gracias» (12 febrero).

«¡Dios mío! necesito convertirme: necesito vivir sólo para Ti, lo necesito desesperadamente, contigo a solas para siempre, desde ahora, **SÓLO DIOS**» (2 febrero).

Pero sabe reaccionar como un niño y recurre a la oración humilde: «¡Oh Señor!, **me rodeas de muchas pruebas y yo te lo agradezco. Quieres desprenderme de todo y eso me muestra tu amor. No hagas caso si me quejo**» (28 enero). «¡Señor, perdóname! **No soy más que una montaña de soberbia... pero sé que para Ti no hay nada imposible. ¡No me abandones, Dios mío!**» (27 enero).

Siempre ante el desaliento y los fallos, surge en él los deseos de ofrenda: «¡Dios mío!, **me faltan las fuerzas. Todo lo ofrezco por el Papa y sus intenciones predilectas... ¡Ayúdame!**» (30 enero).

¹ Palabra del Corazón de Jesús a Sor Josefa Menéndez. Un llamamiento al amor

3º. **Magnanimidad: la gran generosidad que le impulsa a la entrega**

El Corazón de Eduardo es magnánimo, hecho para grandes empresas. Todo lo contrario de un espíritu mediocre o mezquino que vive la religión como mero cumplimento... **Nadie da la vida si no está enamorado.** Eduardo lo estaba. Por eso, llegado el caso, supo ofrecer su vida por amor a Dios. ¿Qué sucedió aquel 13 de mayo de 1981?

En el hogar de la Milicia todos estaban consternados por el atentado del Santo Padre. El ambiente transpiraba dolor. Dolor y oración. Eduardo siente el impulso de rezar; va a la capilla y ora conmovido ante la imagen de la Virgen. Su alma, entre afligida y desconcertada, llora y reza en silencio. ¿Qué puede hacer él? En ese momento, **movido por una generosidad y una delicadeza increíbles** busca a su superior y le plantea su deseo de **ofrecer su vida a Dios a cambio de la del papa moribundo.** Le pide permiso para hacerlo. **Quiere que la obediencia garantice la voluntad de Dios,** que es lo que por encima de todo desea. Piensa que **su vida, en cuanto consagrado, ya no le pertenece,** y tiene la serena certeza de estar procediendo a impulsos del Espíritu Santo.

Conseguido el permiso vuelve a la capilla y plenamente consciente de lo que hace, **ofrece su "pobre vida" al Señor, por medio de la Virgen, a cambio de la del Papa.**

Momento grandioso de su vida. **Mucha libertad interior hay que tener, y mucha grandeza de alma,** para poder tomar la propia vida y ofrecerla a Dios en aras de un amor muy grande. *«Tu gracia vale más que la vida»,* dice el salmo. *Sí –debió pensar Eduardo– tu gracia, Señor, es decir tu Amor, nadie me lo podrá quitar nunca porque es eterno; y es el único bien que deseo... pero mi pobre vida, todo lo que tengo, aquí la tienes, Señor, para bien de tu Iglesia.*

En el secreto de su corazón queda este ofrecimiento que marcará su vida. Aun en el caso de que el Señor nunca lo aceptase para su consumación, sería, como él mismo escribiría más tarde, un **impulso grande para vivir con fidelidad las exigencias de su vocación.** Pero Dios se complació en él, y pronto, en menos de dos años, se manifestaría nítidamente que **había aceptado su vida.**

4º. **La experiencia de la Cruz, que le purifica**

Tras su ofrecimiento se inicia en él un proceso de **empobrecimiento personal** que se intensificará de manera considerable a partir de la operación.

A partir de su ofrecimiento empieza a afianzarse en él una misteriosa disposición para sufrir, para **abrazar la cruz.** Siente que **la Virgen adiestra su alma para el sacrificio que tanto configura con Jesucristo.** Los frecuentes cansancios que empieza a experimentar, por ejemplo, le van a humillar y le darán mucho que pensar: *«Ya sólo el ser débil de cuerpo es mucho, pero ¿qué será el alma! Somos también enfermos del espíritu, heridos por el pecado en nuestro entendimiento y nuestra voluntad (...). Últimamente dedico la oración a repetir una y mil veces: 'Jesús, Hijo de Dios, ten compasión y misericordia de mí' 'Dulce Corazón de María, sed mi salvación'».*

«He aprendido este curso –escribe como haciendo balance– a hacer y ofrecer mil pequeños detalles que me ayudan a vivir ese ofrecimiento por todos y sentirme sacerdote (pasar un poco de frío por la calle, una alegría, un pisotón...). También la gracia me da a comprender que mil detalles de la vida corriente son mensajes de Dios; aparentemente son las personas las que actúan, son las casualidades, pero me parece que Dios se vale de ellas para mostrarme un cariño y una atención constantes. A veces no sale todo lo bien que quisiera, pero creo que lo importante es aceptar lo torpes que somos y pedir perdón».

Comprende que todo en su vida está muy pensado por ese Dios que tiene un plan amoroso sobre él. Cada día experimenta, con sorpresa y consuelo, muchas pruebas de ello. *«Si es así, piensa, me será muy fácil la confianza...».*

Las molestias y los dolores propios de su enfermedad avanzan. Intenta abandonarse en Dios, y clama a Él: *«¡Señor!, cada vez estoy peor, me faltan las fuerzas... pero me abandono en Ti, como un niño pequeño en brazos de su madre... ¡No me dejes, Señor!»* (25 enero). Y al día siguiente vuelve a reiterar todo su propósito de santidad y de entrega: *«¡Oh Jesucristo, mi Señor! ¡Cuánto te amo! Me entrego del todo a Ti; haz de mí lo que te plazca, con tal de que me deis todo vuestro amor»* (26 enero).

Con la operación el calvario interior y corporal arrecia. El 12 de junio, el día siguiente de ser hospitalizado, empezó el fuerte tratamiento de radio y quimioterapia para prepararle al trasplante de médula ósea. Sufrió mucho física y moralmente, pues **se sentía incapaz –decía– de "dar amor" en aquella situación de postración.** Es el dolor de sentirse infiel en la prueba, e indigno; son momentos en que todo se le hace oscuro y la confianza resulta sencillamente absurda.

Tras meses duros, culmina el proceso en la cama de la UCI del hospital, desnudo, intubado y agonizante... **Identificado como nunca con Cristo en la cruz.** Recordaba lo que en una ocasión él mismo comentó: *«Siento cómo Dios me va reduciendo a pobreza; yo acepto que se haga como Él quiere y deseo ofrecerme especialmente por las almas consagradas».*

Enseguida vivió las horas peores –pero más fecundas– de la prueba, antes de emprender el vuelo definitivo hasta la altura infinita de Dios, el 23 de noviembre de 1984.

III. LOS FRUTOS DE SU VIDA ESPIRITUAL

Tomamos de sus cartas íntimas (a su director espiritual y a sus superiores) y de sus notas estos párrafos que nos dan idea de los amores que, como frutos de la gracia, iban arraigando en su vida:

1º. **Amor a la voluntad de Dios**

«Lo que quiero únicamente es servir a Dios nuestro Señor como a Él le plazca. Así que pongo mi ilusión en vuestras manos. Sé que me embarco en la empresa más grande que jamás ha habido ni habrá: ser otro Cristo en medio del mundo para cumplir la voluntad del Padre, y que eso no se hace con bonitas ideas. Pero tengo puesta toda mi confianza en el Corazón de Cristo [...] Bien sabes que mi deseo de consagración viene perfilándose hace mucho tiempo. Ya antes de conocer siquiera la institución, ni tener contacto con la Milicia de Santa María, tenía deseos de santidad e incluso comuniqué a mis padres el deseo de ser sacerdote. Mi deseo de sacerdocio está vivo y ya he dado mis primeros pasos para llegar un día a recibir el Santo Orden. A pesar de ellos renunciaría a esto y a mi propia consagración con tal de cumplir la voluntad divina [...]

Bueno, por último, sigo en mi campo de batalla, intentando vivir la paz y la indiferencia para mejor amar y llenarme de Dios para sólo agradecerle a Él y colaborar en llevar la salvación al mundo [...] queriendo únicamente cumplir la voluntad de Dios, al que le entrego todo mi ser y mi voluntad, sabiendo que nada puedo sin su gracia y confiando únicamente en el Corazón de su Hijo, en manos de la Santísima Virgen».

En la oración de Carlos de Foucaul siente expresados sus deseos:

Padre, me pongo en tus manos

*Padre, yo me entrego a Ti / haz de mí lo que quieras
hagas lo que quieras de mí / yo te lo agradezco.*

*Estoy dispuesto a todo / acepto todo, con tal de que
tu voluntad se cumpla en mí / en todas tus criaturas,
ya nada más deseo, Dios mío.*

*En tus manos encomiendo mi alma / te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón, / porque te amo.*

*Y porque es una necesidad de amor el darme, / ponerme en tus manos
sin medida, / con una confianza sin límites, / porque tú eres mi Padre.*

2º. **Amor a Jesucristo: Eucaristía y Cruz**

«Mi ilusión ahora –escribe en una carta– es acercarme cada día más a Jesús; con sencillez ir creciendo en confianza y amistad con el Señor. Él es mi amigo y así quiero tratarlo, como se trata a una persona. Así procuro hacerlo y me resulta muy fácil la oración, y además hago oración en cualquier momento, pues no tengo más que empezar a hablar con Él, sentirme acompañado, contarle cualquier incidencia [...] Jesús quiere entrar en mi vida. Yo sólo deseo darle vía libre... En fin, el Señor irá haciendo poco a poco. La fe me da alas sabiendo que no importa hacer mucho o poco, esto o aquello, con tal de hacerlo en la paz de la unión con el Señor. ¡Podemos hacer tanto, haciendo tan poquito! [...] Quiero ir transformándome cada día más en Él. Eso lo va haciendo la Virgen».

Y a Jesús Eucaristía le dice:

«¡Jesús Eucaristía! TÚ eres mi todo; quiero vivir contigo, para Ti, imitar tu vida silenciosa y fecunda...» (3 febrero).

«Hoy he pasado largo rato ante el Santísimo expuesto, ¡Jesús Sacramentado, Tú eres mi todo! Me encuentro bastante mal, pero contento y en PAZ» (9 febrero).

Se siente especialmente atraído por Cristo crucificado, de hecho hallará en la Cruz, sacrificio y ofrenda por amor, todo el programa de su vida: «**JESUCRISTO POBRE Y CRUCIFICADO. ¡Cómo puedo vivir yo tibio y apogado a las cosas de la tierra, si está mi Dios clavado en la Cruz! Señor, quiero abrazarte y consolarte...**» (7 febrero). Y el día de santa Escolástica escribe: «"Escolástica": la que desea saber, la que ama la sabiduría. No quiero preciarme en saber cosa alguna sino a Jesucristo presente en la Eucaristía. **Quiero ser TODO PARA ÉL...**» (10 febrero).

«Te escribo desde la cama –es una carta a su formador-. No te asustes, me ha vuelto a dar otro arrechucho al estómago. Fue ayer y estuve toda la tarde, hasta avanzada la noche, pasándolo muy mal. Procuro cuidarme, vivir relajado y demás, pero de vez en cuando me ocurre esto... Es muy doloroso, pero parece que los médicos no le dan una importancia muy grande... **Que sea lo que Dios quiera. Yo ofrezco todos los sufrimientos, que tanta falta hacen al mundo.** [...]»

Cada cual tiene su cruz. **Yo cada día amo más mi cruz**, y lo paradójico es que me bajo de ella continuamente (lo cual no creo que sea nada extraño). Sí, estoy enamorado de la cruz. **Deseo sufrir por Cristo los detalles nimios de la vida corriente que la forman, pero...** Una de las facetas de esa cruz es mi sumisión perfecta y total a todos, en todo, siempre. ¡Y cuánto cuesta! Soy muy orgulloso, muy perfeccionista, deseando que todo se haga bien (como yo creo que es "bien"), y esto se trasluce en quejas, correcciones a los demás, incluso enfados... Todo ello fuera de tono y de modo muy infantil: ésa es mi cruz. **Quiero ser humilde y sumiso. No permitas que levante la cabeza.** ¡Cuán obediente y dócil ha de ser el sacerdote! **No dudes en probarme y en ayudarme. Cada día me propongo empezar de nuevo sabiendo que tendré que hacer lo mismo al día siguiente [...]** El Señor me pone en el corazón un deseo muy grande, cada vez mayor, de **entregarme totalmente, más y más, a Él, renunciando a todo lo que no sea Él.**

3º. Amor a la Virgen. Mensaje de Fátima

«Como ves, he elegido un bonito día para escribirte: Santa María de las Victorias. Lepanto y Fátima hablándonos de la conquista del mundo, de las almas, para Dios en nombre de la Virgen [...] No sabes el amor tan grande que siento por la Virgen y las alegrías que Ella me está dando... Y las veces que le he pedido algo especial nunca me ha fallado, y la he notado cerca de mí... **Quiero ser sacerdote para poder repartir sus dones por doquier y cantar sus glorias. Que se sirva de mí como sus manos [...]** Me he dado cuenta este mes de mayo lo que la Virgen nos quiere... Quiere que vivamos ese mensaje de Fátima, tan evangélico [...] Espero que crezcamos mucho en amor a la Virgen este mes. **Ella lo es todo [...]** **Qué buena es la Virgen. Noto su mano a cada momento [...]** Tengo la ilusión de ser un gran defensor de nuestra Madre en mis predicaciones y, sobre todo, con mi vida».

Eduardo es un militante de la Virgen. «Soy cruzado, al servicio personal de la Señora. **¡Ardo de amor por Ella!**» (4 enero), y si quería estar en la Cruz, en su vocación del sufrimiento, era sintiendo cerca a la Madre: «**¡Señor!, quisiera pasarme el resto de mis días en SILENCIO, con tu Madre, llorando al pie de la cruz, en humildad y caridad. ¡TE AMO, DIOS MÍO, TE AMO!**» (7 marzo).

Acudir a la Virgen era un movimiento instintivo de su alma cuando pesaba el desaliento en su corazón o el dolor en el cuerpo. La Virgen de Fátima y su mensaje era para él como la atmósfera en la que respiraba: «**¡Madrecita mía!, hoy he hablado a mis hermanos del grupo sacerdotal de tu mensaje para ellos... de Fátima, y del ejemplo de los pastorcillos, de que fuesen uno con Jesús Hostia y que te quisiesen mucho a Ti...**» (25 febrero). Y suplica: «**¡Madrecita mía!, necesito un corazón humilde y sencillo... ¡Hay tanta soberbia en mí! Hazme un niño en tus brazos, dócil en todo a la voluntad de Dios...**» (4 febrero).

«Mi querida Mamá, llevo meses esperando el permiso para la Ordenación... **¿No podrías hacer algo? Anda, solucióvalo, para que me prepare con todas las fuerzas para este don del Sacerdocio...**» (28 febrero). Al día siguiente tiene el problema solucionado y escribe: «**¡Gracias, Madre mía! Ya tengo el permiso de Roma para la Ordenación Sacerdotal... Dile a san José que me perdone por desconfiar de él. ¡José! Te prometo decir tu misa votiva los miércoles que pueda**» (29 febrero).

Y añada estos deseos de verdadero enamorado: «**¡Madre!, Tú eres mi**

estrella, quiero amarte con locura, reposar en Ti, vivir en tus brazos... **¡Te amo, te amo, te amo! ¡Soy tu hijo!**» (25 febrero). «**¡Madrecita mía, cuánto deseo verte! ¿Verdad que vendrás a buscarme, para llevarme de la mano al cielo?**» (23 febrero).

«**¡Madre!, pronto vendrás a buscarme para ir a ver a tu Hijo... Despréndeme de este mundo que pasa, que no ponga mi afecto en cosa alguna de la tierra, prepárame para el encuentro definitivo con Dios Misericordia, para ello te renuevo mi consagración a Ti, soy TODO TUYO.**»

4º. Amor a los hombres. Caridad fraterna

«Noto que cada vez tengo el corazón más grande y más sacerdotal... **Quiero mucho a todos los de casa y al mundo entero... Deseo ofrecerme por ellos. Sé que tengo que dejar a Jesús y no preocuparme, vivir en paz, y ni siquiera plantearme si vivo en paz... He aprendido este curso a hacer y ofrecer mil pequeños detalles que me ayudan a vivir ese ofrecimiento por todos y sentirme sacerdote (desde un poco de frío al ir por la calle, una alegría, un pisotón...).** A veces no sale todo lo bien que quisiera, pero creo que lo importante es **aceptar lo torpes que somos y pedir perdón.** [...] Deberíamos desear] Irradiar con nuestro vivir y nuestra palabra la alegría de sentirse hijos de Dios. Sabemos que Dios está muy cerquita de nosotros y nos ama con tiernísimo afecto. **¡Qué paz nos debe dar eso! Por mi parte, esos son mis ideales; sobre todo dejar que Dios me posea y me llene de paz para poder repartirla con mucho cariño y suavidad a los demás.**»

IV. LOS SANTOS, SUS COMPAÑEROS DE CAMINO

Eduardo nos da también buen ejemplo de algo fundamental: la relación entre el cielo y la tierra, el misterio de la Iglesia comunión, la vivencia profunda del Cuerpo místico de Cristo...

Su recurso a los santos era en él normal. Pedía su intercesión, aprovechaba su ejemplo, trataba con ellos... También en esto nos sorprendió procediendo de manera muy original: entabló una relación episcopal con algunos de ellos (a los que más devoción o admiración tenía). **Les escribía y ellos le contestaban...** Se cartea, además de con la Virgen, con Francisco de Asís (dos cartas), Tomás de Aquino, Teresa del Niño Jesús, y con Pablo Apóstol.

Aunque todos ejercieron sobre él gran influencia espiritual, habría que resaltar la de dos: Francisco de Asís y Teresa del Niño Jesús

➤ De San Francisco de Asís aprenderá a aceptar y vivir la cruz

En el año 1981, en la fiesta del Poverello recibió una gracia importante como respuesta a una carta que previamente le había escrito. Contemplaba en un monasterio de hermanas clarisas una imagen del Santo con la Cruz en la mano. Eduardo comprendió entonces que se la estaba ofreciendo. Así lo anotó en su cuaderno:

«El día 13 de mayo... Francisco, me extrañó verte con una cruz en la mano, no podía dejar de pensar en ella y antes de despedirme de ti aquel día te la pedí... y tú me la diste. Ahora la llevo siempre sobre mi corazón y en ella encuentro tu paz. **¡Gracias, Francisco!**»

Eduardo le pidió saber vivir la ciencia de la Cruz: «**Tú llevaste impresas en tu carne las llagas gloriosas de Nuestro Señor Jesucristo, por eso te pido identificarme plenamente con Cristo pobre y crucificado y vivir siempre con Él y de Él.** Francisco le enseñó a aceptar, a dejarse hacer por Dios: «**Aceptar es bastante... La experiencia radical de la realidad como donación, de la vida como aceptación, de la fe como inmolación es lo que hoy quiero brindarte.**»

➤ Santa Teresa del Niño Jesús

Es "la santa más grande de los tiempos modernos" (S. Pío X), la santa de la confianza audaz en el amor misericordioso de Dios. Ella quiere «**pasar su cielo haciendo bien en la tierra.**» Su "camino" de infancia espiritual, de abandono filial, conquista a Eduardo, quien se propone seguirlo con exquisita fidelidad.

En los Ejercicios Espirituales del verano de 1983, consciente ya de que su ofrecimiento ha sido aceptado, sale de ellos determinado a hacer, ahora por escrito, la ofrenda de toda su vida. El día 8 de septiembre de 1983 entrega a su director, de su puño y letra y con su firma, **la ofrenda al Amor Misericordioso de la Santa.** En realidad es la misma del 13 de mayo, pero como reafirmada y solemnizada: «**Inmaculada Madre de Dios: en este día en que celebramos con gran gozo tu nacimiento para Dios y para**

nosotros, pongo en tus manos de Madre este ofrecimiento como víctima al Amor Misericordioso.

Cuando deje constancia de este ofrecimiento en su cuaderno, añadirá al final: «*Me ofrezco particularmente por el Santo Padre y sus intenciones predilectas, especialmente por la renovación de la vida consagrada.*»

El 2 de febrero de 1984 cuenta en carta a Teresita la razón de su ofrenda: es «*El amor que Dios me tiene (...) ¡Cuánto ha hecho Dios por mí! Sería imposible enumerar sus beneficios. Y no sólo me ha dado muchas cosas, sino que se me da, y desea dárseme más y más, Él mismo. Yo soy un miserable pecador, bien lo sabes tú, pero deseo con todas mis fuerzas corresponder a ese amor. Quiero ofrecerle a Dios todo cuanto soy y cuanto tengo en un holocausto perfecto, y contentarme sólo con tenerle a Él. Aspirar a Dios y sólo amarle a Él... Vivir con Dios a solas, para siempre, desde ahora.*»

Y Teresa le responde el 11 de febrero: «*has de unirte cada día más profundamente a Jesucristo presente en la Eucaristía por la oración, el sacrificio y la comunión. Para ello (debes) renunciar por amor a pequeñas cosas. Acoger con cariño a todas las personas. Aceptar con paciencia todos los sufrimientos. Servir con alegría a todos... No cese nunca tu adoración.*»

V. SU PROPUESTA DE SANTIDAD

Eduardo comprende que tiene una misión en el plan de Dios. **Una misión y un mensaje que transmitir (más con su vida que con sus palabras)** en el corto tiempo que parece el Señor le concede. Por eso se apresura a gritar lo que le quema por dentro: el amor a Dios, la salvación de las almas, la urgencia de volverse a Dios...

Lo hará con los recursos que tiene: la homilía del Viernes Santo, las notas apresuradas en su agenda, breves apuntes en sus cuadernos, las correspondencias con el cielo (cartas a los santos de su devoción), y algunos escritos más.

Nos deja **Tres mensajes** (con carácter de urgencia) y la **Reglas del Misionero de la Cruz**, que expresan el fundamento de su camino espiritual:

❖ TRES MENSAJES

1º. Un grito de alerta (preocupación por la salvación de las almas)

No puedes quedarte mudo e inerte ante un mundo que camina sin saberlo por los derroteros que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos. Tu responsabilidad ante Dios te exige que lo intentes todo, que lo emprendas todo para ahorrar al género humano tan tremenda desgracia.

2º. Invitación amorosa ("¿Queréis ofrecerlos?")

La Virgen en Fátima nos trae del cielo la respuesta misericordiosa de Dios a la rebelión de los hombres; una irresistible invitación hacia el mundo de lo sobrenatural...

Así te dice la Virgen desde Fátima: Reza mucho y haz sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno porque no tienen a nadie que se sacrifique y rece por ellas. En especial reza el rosario todos los días. Cuando hagas algún sacrificio, por pequeño que sea di: "Jesús es por tu amor, por la conversión de los pecadores..."

3º. Ofrecimiento en total confianza (valor de las cosas pequeñas)

Toma conciencia del dolor físico o moral que tiene. Acéptalo con amor, pues la fe nos asegura que el Señor puede y quiere sacar bien del mal... Y ofrece todo para gloria de Dios y bien de los hombres. Esto te permitirá alcanzar un grado elevado de caridad teológica, esto es, gastarte en el amor de Cristo y de la Santísima Trinidad por los hombres.

❖ MISIONERO DE LA CRUZ

A partir de su ofrecimiento del 13 de mayo, Eduardo sabe que **su vida ya no le pertenece**. Aceptarla de golpe era cosa de Dios, pero **abrazar el sacrificio de ir muriendo poco a poco por amor**, era ya su disposición permanente.

Esta actitud le transformó en "misionero de la Cruz", su gran deseo. «*Un misionero de la Cruz*—escribió en sus apuntes— *es aquel que sabe descubrir*

el sufrimiento y transformarlo en oración, repitiendo constantemente en su corazón: "Jesús, es por tu amor, y por la conversión de los pecadores"».

Tenía grandes deseos de fidelidad. **Él quería que todos fuéramos misioneros** así, pues bastaba unirse a la Virgen al pie de la cruz y reconocer la mano amorosa de Dios en las pequeñas pruebas de cada día, no sólo en las grandes.

Por eso escribió, como un plan de vida espiritual, las **REGLAS DEL MISIONERO DE LA CRUZ**:

Un misionero de la + es aquél que sabe descubrir el sufrimiento y transformarlo en oración, repitiendo constantemente en su corazón: "Jesús, es por tu amor y por la conversión de los pecadores".

EL FIN

1.- El fin que se propone el misionero de la + es la propia santificación en la salvación de las almas permaneciendo con María, la Madre de Jesús, al pie de la CRUZ.

LOS MEDIOS

2.- El misionero de la + practicará de modo continuo el apostolado de la oración, manteniendo la unión con Dios en medio de sus actividades cotidianas ayudándose de breves jaculatorias.

3.- El misionero de la + practicará con amor y constancia el apostolado del sacrificio, ofreciendo a Dios todos sus trabajos y todos los pequeños y grandes sufrimientos con los que nos encontramos a lo largo del día. No olvidará ofrecer cada día al menos una pequeña mortificación voluntaria.

4.- El misionero de la + practicará, en la medida de sus posibilidades, el apostolado de la palabra, aliviando todo sufrimiento y enseñando a vivirlo con sentido misionero.

LOS MODELOS

5.- El misionero de la + vivirá siempre en unión con María, que le ha sido dada como Madre al pie de la Cruz. Para más amarla e imitarla meditará los misterios de su vida en el rezo diario del Santo Rosario.

6.- El misionero de la + tendrá como modelos e intercesores a todos los santos. En especial recordará la doctrina de S. Pablo, heraldo de la Cruz de Cristo. En S. Francisco Javier y Sta. Teresita, patronos de las misiones, encontrará modelos acabados de misioneros de la +.

7.- El misionero de la + cultivará la amistad con otros misioneros de la +, que le ayuden con su ejemplo y su palabra. En particular buscará el consejo de uno de mayor experiencia en orden al bien de su alma.

En el sepulcro de S. Juan de la +. 24 agosto 1.984

El testimonio de Eduardo es claro: en nosotros puede más el deseo de amar que el pecado; la confianza, que cualquier forma de debilidad humana, y que cuando Dios encuentra en nosotros una disposición así nos regala (porque más que conquista nuestra es sólo don suyo) la santidad.

A Eduardo lo santificó el Señor tal como era. Santa Teresa de Lisieux decía que **la santidad** no consiste tanto en prácticas cuanto en «**una disposición del corazón que nos hace humildes y pequeños en los brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad, y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre.**» Es consolador pensar que nuestros tropiezos de cada día, nuestras infidelidades y pequeñeces **no estorban la acción santificadora de Dios si de veras se le quiere amar mucho**, y que nuestros parches diarios pueden transfigurarse y llegar a conmovérle cuando sabemos pedir humilde perdón y **esperarlo todo de Él.**

Eduardo nos enseña a dejar hacer a Dios en nuestra vida, por encima de cualquier resistencia o debilidad; dejarle hacer con un deseo desproporcionado. Por eso **arrebato el cielo.**

La santa carmelita le había enseñado que el suyo tenía que ser un *cielo robado*, como el del buen ladrón y el de tantos otros, porque ¿qué méritos podremos exhibir frente a Dios? ¿Con qué podremos pagar el tesoro de su amor tan inmenso? **Sólo la confianza en Él**, una confianza inquebrantable y filial.

Él **aprendió esa confianza en el Corazón maternal de la Virgen.** Aprendió a ser y a vivir como hijo. Pero resulta que el hijo "merece" (¡oh maravilla!) la herencia del Padre. Y esa herencia es el cielo.



7. EJERCICIO DE ORACIÓN PARA ESTA SEMANA

Esta oración del recuadro puedes rezarla y saborearla todos los días del Adviento. Te ayudará mucho a saborear ese clima de intimidad con la Virgen y con Jesús que sugiere y requiere este santo tiempo que empezamos.

Inmaculada Madre de Dios: En la soledad de Nazaret, a solas con tu Tesoro... Adoras, amas, esperas... Él en tu sagrario virginal... Tus manos juntas en plegaria... Un ardor divino da a tus latidos ritmo para dos corazones... Flor de pureza, fragancia de lirio, amor intacto... Contigo estoy solo, y espero... Madre muda del Verbo que calla, enséñame a desaparecer amando.

Aurora que anuncia el día. Toda la tierra espera el Fruto Deseado... Pétalos de corola estremecida, tus entrañas virginales... Dios te salve, María... Intercede por la Iglesia... Salva al mundo... Compadécete de la juventud... Ruega por mí...

Engendras a UNO solo y te haces Madre de la multitud. Madre de la Unidad, intercede por nosotros.

Santa María del Adviento: Junto a Ti, en el Nazaret de la vida oculta... Estudio, oración, entrega, trabajo, olvido... Granos de incienso, silencio amoroso... A todo lo que Él quiera, responderé cantando como Tú: HÁGASE...

Música callada, soledad sonora... Divino silencio, preludio de eterna armonía... Escucharé la Voz que clama en el desierto... Me anonadé tomando forma de siervo... He venido, Padre, a hacer Tu Voluntad... Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Único... Y el Verbo se hizo carne...

seguridades, nos damos cuenta de que necesitamos una esperanza fiable, y esta sólo se encuentra en Cristo, quien, como dice la Carta a los Hebreos, "es el mismo ayer, hoy y siempre". El Señor Jesús vino en el pasado, viene en el presente y vendrá en el futuro. Abraza todas las dimensiones del tiempo, porque ha muerto y resucitado, es "el Viviente" y, compartiendo nuestra precariedad humana, permanece para siempre y nos ofrece la estabilidad misma de Dios. **Es "carne" como nosotros y es "roca" como Dios.** Quien anhela la libertad, la justicia y la paz puede cobrar ánimo y levantar la cabeza porque se acerca la liberación en Cristo, como leemos en el Evangelio de hoy. Así pues, podemos afirmar que Jesucristo no sólo atañe a los cristianos, o sólo a los creyentes, sino a todos los hombres, porque Él, que es el centro de la fe, es también el fundamento de la esperanza. Y todo ser humano necesita constantemente la esperanza.

La Virgen María encarna plenamente la humanidad que vive en la esperanza basada en la fe en el Dios vivo. **Ella es la Virgen del Adviento:** está bien arraigada en el presente, en el "hoy" de la salvación; en su corazón recoge todas las promesas pasadas y se proyecta al cumplimiento futuro. Sigamos su ejemplo, para entrar de verdad en este tiempo de gracia y acoger, con alegría y responsabilidad, la venida de Dios a nuestra historia personal y social.

El Dios-que- viene es un Padre que nunca deja de pensar en nosotros y, respetando totalmente nuestra libertad, desea encontrarse con nosotros y visitarnos; quiere venir, vivir en medio de nosotros, permanecer en nosotros. **Viene porque desea liberarnos del mal y de la muerte,** de todo lo que impide nuestra verdadera felicidad, **Dios viene a salvarnos.**

OTROS TEXTOS PARA TU MEDITACIÓN

Hora es ya de despertar del sueño (P. Morales)

Hora es ya de que sacudamos de nosotros el letargo. Hora es ya de **olvidarnos de nuestros problemillas para dejarnos obsesionar por el gran problema: un mundo que necesita un salvador:** «Despierta, Señor, tu poder y ven a salvarnos». De nuestras pequeñeces ridículas, de nuestras preocupaciones tontas, de nuestras niñerías espirituales. **Hora es ya de despertar del sueño y empezar a ser santos, que es el fin de nuestra vida.** Madre, hazme despertar del sueño. Sacúdeme para que no siga dormitando. Quiero decirte con San Bernardo: «Es ya tiempo de que yo deje de jugar a la vida y me ponga a vivir realmente. Voy en busca de Dios, voy a hacerme santo; para eso fui creado». *La noche va pasando. Va pasando, te dice la Virgen —mejor que Pablo Apóstol—, la noche de la vida.* Han pasado ya niñez, adolescencia, primera juventud. Así irá pasando lo que te quede, poco o mucho —siempre será poco, nada, en comparación con la eternidad—, de marcha peregrina.

La noche va pasando. Noche sobre el mundo que va destruyéndose hasta consumarse la catástrofe final que te anuncia el Evangelio.

La noche va pasando. Dudas, tentaciones, inquietudes, desalientos, trabajos, sufrimientos, alegrías y penas, éxitos y fracasos..., todo eso que constituye la trama de la vida, va pasando. No hay que darle importancia, no hay que prestarle atención. «**Para cosas mayores he nacido**», debes repetir con San Estanislao Kostka. Sí, Madre, para mayores cosas he nacido. Tienes razón. Sigue enseñando a este hijito ignorante, tan pequeñajo, que se olvida enseguida de tus lecciones.

El día se acerca. El día de la eternidad, el día del nacimiento de la vida eterna entre nosotros, **Dios niño en Belén que viene a buscarnos para arrastrarnos a lo definitivo y eterno.** Va a romper la aurora del gran día. La vida eterna aparecerá entre nosotros, nacerá en nuestros corazones. **Adviento es preparación para un doble nacimiento: histórico de Jesús en Belén; actual, en nuestros corazones.**

Evangelio del domingo. Lucas 21,25-28.34-36

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Habrán signos en el sol y la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, perplejas por el estruendo del mar y el oleaje, desfalleciendo los hombres por el miedo y la ansiedad ante lo que se le viene encima al mundo, pues las potencias del cielo serán sacudidas.

Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube, con gran poder y gloria.

Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación.

Tened cuidado de vosotros, no sea que se emboten vuestros corazones con juergas, borracheras y las inquietudes de la vida, y se os eche encima de repente aquel día; porque caerá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra.

Estad, pues, despiertos en todo tiempo, pidiendo que podáis escapar de todo lo que está por suceder y manteneros en pie ante el Hijo del hombre.»

REFLEXIÓN SOBRE EL EVANGELIO (Benedicto XVI)

Este domingo iniciamos el **Adviento, tiempo de preparación para el nacimiento del Señor.** El concilio Vaticano II, en la constitución sobre la liturgia, afirma que la Iglesia "en el ciclo del año desarrolla todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, el día de Pentecostés y la expectativa de la feliz esperanza y venida del Señor". De esta manera, "al conmemorar los misterios de la Redención, abre la riqueza del poder santificador y de los méritos de su Señor, de modo que se los hace presentes en cierto modo, durante todo tiempo, a los fieles para que los alcancen y se llenen de la gracia de la salvación". El Concilio insiste en que el centro de la liturgia es Cristo, como el sol en torno al cual, al estilo de los planetas, giran la santísima Virgen María —la más cercana— y luego los mártires y los demás santos que "cantan la perfecta alabanza a Dios en el cielo e interceden por nosotros".

El **mundo contemporáneo necesita sobre todo esperanza:** la necesitan los pueblos en vías de desarrollo, pero también los económicamente desarrollados. Cada vez caemos más en la cuenta de que nos encontramos en una misma barca y debemos salvarnos todos juntos. Sobre todo al ver derrumbarse tantas falsas

El día se acerca, el de nuestro nacimiento definitivo en Dios, al verle cara a cara, **cuando el alma victoriosa rompe las ataduras de cuerpo y vuela hacia Él.** «*Ahora está más cerca nuestra salvación que cuando empezamos a creer*». Cuando empezamos a creer, éramos niños de pocos años. Ahora han pasado muchos. Nos queda menos para llegar al término. Dios, nuestra salvación, está más cerca, muy cerquita; quizá dentro de este Adviento, de esta Navidad, de este nuevo año de salvación —así se llama también el año litúrgico— que comenzamos.

Arrojad, pues, las obras de las tinieblas, te repite María. **Deja preocupaciones superfluas, olvídate de ti siempre y en todo. No pienses más que en el Jesús que ha de venir y en sus almas. Vendrá para que tengan vida, y la tengan más abundante. Todo lo demás hay que echarlo fuera.** Y las obras de las tinieblas no son sólo «glotonerías, embriagueces, deshonestidades y lascivias». Son también la voluntad o juicio propio, la comodidad, el ahuecar la cruz en los pequeños detalles de la vida. Abandonad las obras de las tinieblas; no sólo «reyertas y envidias» entre vosotros, sino cualquier menudencia por pequeña que sea, si desagrada a Cristo.

Y vestíos de las armas de la luz. Una purificación continua se nos pide, Madre querida, en este Adviento. La Iglesia me necesita santo, puro y agradable a Dios. Alcánzame, Reina y Madre de misericordia, que me vaya revistiendo, a lo largo de estos días, del Señor Jesús.

Las dos venidas de Cristo (San Cirilo de Jerusalén)

Anunciamos la venida de Cristo, pero no una sola, sino también una segunda, mucho más magnífica que la anterior. La primera llevaba consigo un significado de sufrimiento; esta otra, en cambio, llevará la diadema del reino divino. Pues casi todas las cosas son dobles en nuestro Señor Jesucristo. Doble es su nacimiento: uno, de Dios, desde toda la eternidad; otro, de la Virgen, en la plenitud de los tiempos. Es doble también su descenso: el primero, silencioso, como la lluvia sobre el vellón; el otro, manifiesto, todavía futuro.

En la primera venida fue envuelto con fajas en el pesebre; en la segunda se revestirá de luz como vestidura. En la primera soportó la cruz, sin miedo a la ignominia; en la otra vendrá glorificado y escoltado por un ejército de ángeles. No pensamos, pues, tan sólo en la venida pasada; esperamos también la futura. Y, habiendo proclamado en la primera: *Bendito el que viene en nombre del Señor*, diremos eso mismo en la segunda; y, saliendo al encuentro del Señor con los ángeles, aclamaremos, adorándolo: *Bendito el que viene en nombre del Señor*.

El Salvador vendrá, no para ser de nuevo juzgado, sino para llamar a su tribunal a aquellos por quienes fue llevado a juicio. Aquel que antes, mientras era juzgado, guardó silencio refrescará la memoria de los malhechores que osaron insultarle cuando estaba en la cruz, y les dirá: *Esto hicisteis y yo callé*.

Entonces, por razones de su clemente providencia, vino a enseñar a los hombres con suave persuasión; en esa otra ocasión, futura, lo quieran o no, los hombres tendrán que someterse necesariamente a su reinado. De ambas venidas habla el profeta Malaquías: *De pronto entrará en el santuario el Señor a quien vosotros buscáis*. He ahí la primera venida.

Respecto a la otra, dice así: *El mensajero de la alianza que vosotros deseáis: miradlo entrar —dice el Señor de los ejércitos—. ¿Quién podrá resistir el día de su venida?, ¿quién quedará en pie cuando aparezca? Será un fuego de fundidor, una lejía de lavadero: se sentará como un fundidor que refina la plata*.

Escribiendo a Tito, también Pablo habla de esas dos venidas, en estos términos: *Ha aparecido la gracia de, Dios que trae la salvación para todos los hombres; enseñándonos a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a llevar ya desde ahora una vida sobria, honrada y religiosa, aguardando la dicha que esperamos: la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo*. Ahí expresa su primera

venida, dando gracias por ella; pero también la segunda, la que esperamos.

Por esa razón, en nuestra profesión de fe, tal como la hemos recibido por tradición, decimos que **creemos en aquel que subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin**.

Vendrá, pues, desde los cielos, nuestro Señor Jesucristo. Vendrá ciertamente hacia el fin de este mundo, en el último día, con gloria. Se realizará entonces la consumación de este mundo, y este mundo, que fue creado al principio, será otra vez renovado.

Saborea estas palabras (San Anselmo)

«Ea, hombrecillo, deja un momento tus ocupaciones habituales, entra un instante en ti mismo, lejos del tumulto de tus pensamientos. Arroja fuera de ti las preocupaciones agobiantes, aparta de ti tus inquietudes trabajosas. **Dedícate algún rato a Dios y descansa siquiera un momento en su presencia. Entra en el aposento de tu alma, excluye todo, excepto Dios y lo que pueda ayudarte para buscarle, y así, cerradas todas las puertas, ve en pos de él.** Di, pues, alma mía, di a Dios: *“Busco tu rostro, Señor, anhelo ver tu rostro”*.

Y ahora, **Señor, mi Dios, enseña a mi corazón dónde y cómo buscarte, dónde y cómo encontrarte.**

Señor, si no estás aquí, ¿dónde te buscaré estando ausente? Si estás por doquier, ¿cómo no descubro tu presencia? Ciertamente es que habitas en una claridad inaccesible. Pero ¿dónde se halla esa inaccesible claridad?, ¿cómo me acercaré a ella? ¿Quién me conducirá hasta ahí para verte en ella? Y luego, ¿con qué señales, bajo qué rasgos te buscaré? Nunca jamás te vi, Señor, Dios mío, no conozco tu rostro.

¿Qué hará, altísimo Señor, éste tu desterrado tan lejos de ti? ¿Qué hará tu servidor, ansioso de tu amor, y tan lejos de tu rostro? Anhela verte, y tu rostro está muy lejos de él. Desea acercarse a ti, y tu morada es inaccesible. Arde en el deseo de encontrarte, ignora dónde vives. No suspira más que por ti, y jamás ha visto tu rostro.

Señor, tú eres mi Dios, mi dueño, y con todo, nunca te vi. Tú me has creado y renovado, me has concedido todos los bienes que poseo, y aún no te conozco. Me creaste, en fin, para verte, y todavía nada he hecho de aquello para lo que fui creado.

Entonces, Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo te olvidarás de nosotros, apartando de nosotros tu rostro? ¿Cuándo, por fin, nos mirarás y escucharás? ¿Cuándo llenarás de luz nuestros ojos y nos mostrarás tu rostro? ¿Cuándo volverás a nosotros?

Míranos, Señor, escúchanos, ilumínanos, muéstrate a nosotros. Manifiéstanos de nuevo tu presencia para que todo nos vaya bien, sin esfuerzos para llegar a ti, porque **sin ti nada podemos**.

Enséñame a buscarte y muéstrate a quien te busca, porque no puedo ir en tu busca a menos que tú me enseñes, y no puedo encontrarte si tú no te manifiestas. Deseando te buscaré, buscando te desearé, amando te hallaré y hallándote te amaré”

ORACIÓN

Mi espíritu y mi corazón están alerta como los ojos del centinela. Estoy esperando.

Te busco, Señor. Estoy en vela. ¡Es adviento!

Te busco en la oración y Tú me abres, Señor, como un amigo siempre presente, cuando se llama a la puerta.

Te busco en el Evangelio y Tú te acercas, Señor, como un amigo siempre presente, cuando se le pide luz para atravesar la noche.

Te busco en la Eucaristía, y por tu Palabra y tu Pan vienes a mí, Señor, como un amigo siempre dispuesto a ofrecer lo mejor que tiene.

Te buscamos cada día y te vemos, Señor, donde se siembra la alegría, donde se elimina la mentira, donde se suprime la injusticia.

Para encontrarte, Señor, ¡hay que estar en vela!

Tú estás a la puerta y llamas. Llamas al espíritu y al corazón.